VICTIMA CONTENTA

Por P.

Falta en el arsenal de maldiciones gitanas una que diga: ¡Permita Dios que quieras trabajar y que te ayude el Gobierno!

Efectivamente, desde que los estadistas del régimen —por algo los burros han sido declarados artículo de primera necesidad— resolvieron dirigir la economía nacional, la vida del hombre de trabajo se ha convertido en una vía crucis.

Con su Cirineo ciego, que en vez de ayudarlo a llevar la cruz se le sienta en ella; cayendo y levantando bajo la carga de impuestos, y condenado, como Cristo, a morir entre ladrones, sólo espera el golpe de gracia que venga a poner fin a su tormento.

Ese golpe de gracia parece ser el Proyecto Económico.

Con acuciosidad maravillosa en gente que jamás ha trabajado, los legisladores no han omitido sacrificio por hostilizar la actividad de sus conciudadanos y atraerlos a su causa.

Impuestos a los recalitrantes que insisten en su labriciosidad; incremento de la burocracia, empeñada en molestarlos; sueldo magnífico a los que abandonan las tareas productivas para vivir del presupuesto; aumento de los costos de producción y limitación de precios y de utilidades; todo ha sido preparado con rigurosa meticulosidad para llegar al fin deseado.

Hasta las actividades menos agotadoras, verbi gracia: la del capitalista que desea invertir en edificación, han sido perseguidas.

Hábilmente se le ha hecho comprender por medio de una feliz combinación de reducción de cánones al 6 o/o de interés y de franquicias a los bonos que le conviene más adquirir éstos, dejarse de construcciones y molestias, y percibir en perfecta ociosidad el 8 o/o.

Con los industriales, cuyo trabajo es más intenso, se han extremado naturalmente las medidas represivas llegando en algunos casos hasta privarlos del derecho al salario vital.

No es extraño, pues, que el Proyecto Económico, con su tentador aspecto de muerte repentina, sea para algunos de ellos una especie de liberación.

Es el caso de cierto joven industrial que vino a verme no hace mucho.

—Tengo una industria de cerámica —me dijo— y he invertido en ella cincuenta mil pesos que logré ahorrar en un empleo público.

—Mi más sentido pésame —le dije al orate.

—Gracias por su condolencia;

pero no se precipite. Claro que a primera vista, mi porvenir no es brillante. Con el Proyecto Económico que limita al 15 o/o las utilidades, yo no podré obtener de mi capital sino una renta de \$ 7,500 al año, es decir, \$ 650 al mes: pero ha de saber Ud. que tengo un empleado. El empleado gana el sueldo vital de \$ 1,045 más un tanto por ciento sobre cada pieza que sale del horno: total, unos \$ 3,000 mensuales.

—No está mal: cinco veces más que Ud.

—Sí señor; pero es muy lógico porque yo dejo el alma y los tálones con las mil preocupaciones de la fábrica, y él, en cambio, no trabaja.

—¿Cómo así?

—Lo que le digo: No trabaja. Desde hace tiempo goza de los beneficios de la ley de Medicina Preventiva que le paga su salario como si estuviera en plena actividad. Menos mal que el hombre se ha "aquerenciado" con el establecimiento y tiene buen corazón. Viene a la fábrica y, como sabe mis apuros económicos, y él no tiene cargas de familia, cuando se ofrece cancelar alguna cuenta, gas, carbón, coima al inspector u otro gasto imprescindible, echa mano a la cartera y la paga por mí. A veces yo le digo: "Arreglemos cuentas, Pérez. ¿Hasta cuándo vas a seguir pagando"? Pero él me contesta: "No se le dé nada, patrón, ya arreglaremos, cuando me mejore". Parece que su propósito es quedarse con la industria.

—¿Y Ud.?

—Yo, me río... ¡Pobrecito! No sabiendo que va a pasarle. El Proyecto Económico está por salir... Cuando él se quede con la fábrica, es decir cuando sea capitalista e industrial, no podrá ganar sino \$ 650. Entonces, yo le pediré que me emplee, me acogeré a la Preventiva y Santas Pascuas!

Al pensar en tan risueña perspectiva, el industrial sonreía con la beatífica expresión de los bienaventurados en el Paraíso...

Lo menos que parecía era una víctima del Proyecto Económico.